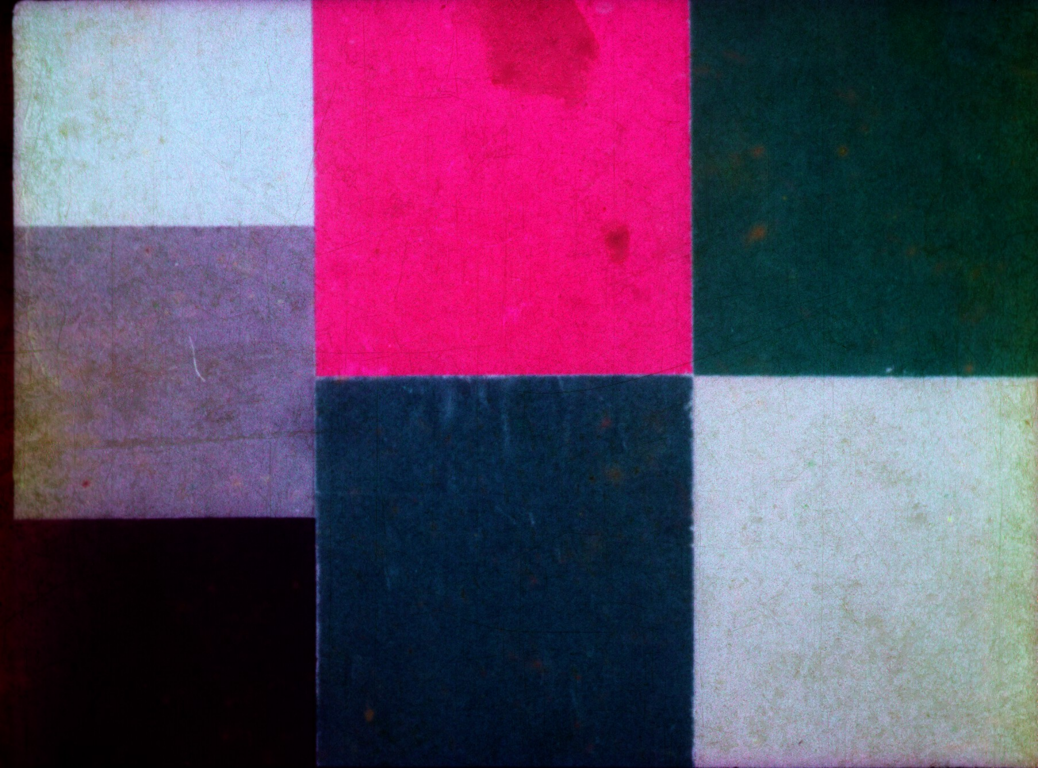


IV 1977

1 7 1

ТУ 19-32-73

6

3

ДИАФИЛЬМ

Э08-3-474



Amiguitos, cuando yo era chiquito, tenía un juguete que era mi preferido, Saltarín. Este animalito lo hicieron en una fábrica de juguetes, pero lo hicieron muy mal. Y no se sabía si en realidad era un conejo, un oso, un perro o un canguro australiano. Mis padres aseguraban que era un animalito desconocido por la ciencia y que habitaba en los bosques africanos. Yo lo quería mucho. Y por eso ahora, cuando crecí, escribí un cuento sobre él.

Autor: E. USPENSKI

EL COCODRILO GUENA
Y
SUS AMIGOS

Dibujos: B. STEPANTSEV



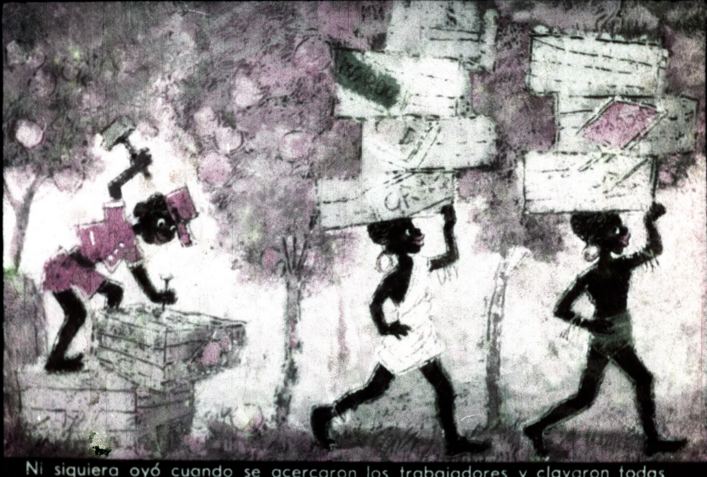
En un tupido bosque tropical vivía un animalito muy interesante. Le llamaban «Saltarín». En realidad, mientras estuvo viviendo en el bosque, nadie le conocía. Y le pusieron Saltarín, después cuando salió de él. Bueno, sobre esto les contaré después...



Una vez, nuestro animalito salió de paseo y de pronto vió junto a un jardín de frutas unas cajas con naranjas. Saltarín se dirigió hacia las cajas y se dispuso a desayunar.



El comió tanto, que le era imposible moverse. Por eso se acostó en las mismas frutas y se durmió.



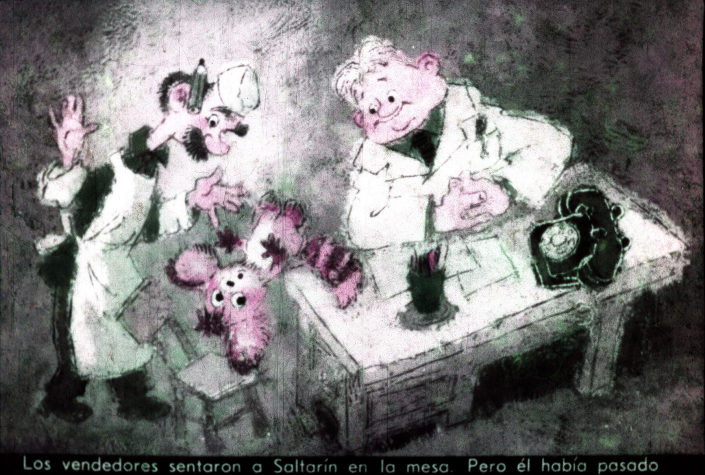
Ni siquiera oyó cuando se acercaron los trabajadores y clavaron todas las cajas.



Después cargaron las cajas en un barco y las enviaron a un largo viaje.
Muchos días navegaron a través de los mares y océanos...



...y por fin fueron a parar a una tienda de frutas de una gran ciudad. Cuando abrieron las cajas, dentro de ellas no había casi naranjas, y en su lugar encontraron a Saltarín, gordo, regordete.



Los vendedores sentaron a Saltarín en la mesa. Pero él había pasado demasiado tiempo en las cajas, y tenía las paticas entumecidas. Estuvo sentado allí un largo rato y después empezó a saltar de la mesa a la silla.



¡Uf, qué saltarín! dijo el Administrador (así fue como nuestro animalito se enteró que su nombre era Saltarín).



El Administrador llevó a Saltarín al parque zoológico, pero allí no lo admitieron: él era un animal completamente desconocido para la ciencia. Nadie sabía donde situarlo: si con los conejos, si con los tigres, si con las tortugas marinas.



Entonces llevaron a Saltarín a una tienda, donde vendían artículos de segunda mano. «Bueno, ¿qué le vamos a hacer? A mi este animalito me gusta. Se parece a un juguete defectuoso»—dijo el director de la tienda de artículos de segunda mano.



«¿Vas a trabajar conmigo?» «Voy»—respondió Saltarín. «¿Y qué es lo que tengo que hacer?» «Tienes que estar en la virdriera y llamar la atención de las personas que pasan. ¿Comprendido?»



En esta ciudad, a la cual fue a parar Saltarín, vivía un cocodrilo llamado Guena. Todas las mañanas él se despertaba en su pequeño apartamento, se lavaba, desayunaba...



...y se dirigía al trabajo en el parque zoológico. El trabajaba allí de cocodrilo.

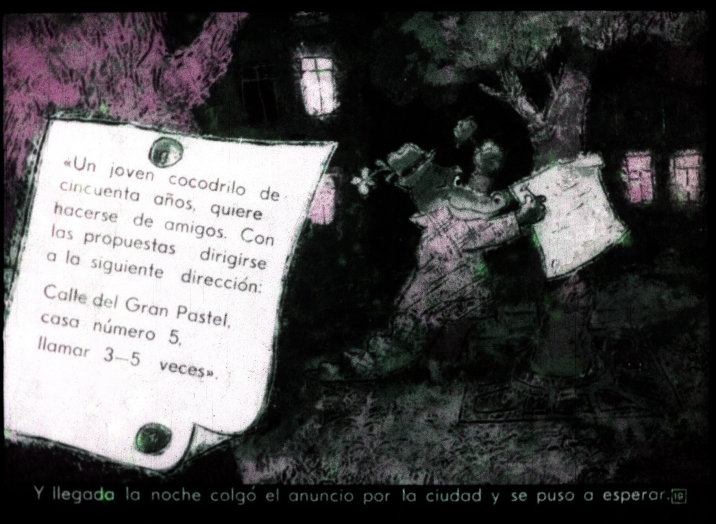
Llegado al lugar, se quitaba la ropa y se acostaba a tomar el sol a la orilla del estanque.



Al terminar su día de trabajo, Guena se vestía y se iba caminando hasta su casa. En la casa leía el periódico, fumaba en cachimba, y toda la noche se la pasaba jugando consigo mismo a los ceritos y las crucecitas. Una vez, después de haber perdido consigo mismo unas cuarenta jugadas, se puso muy triste.



«¿Y por qué estoy solo? ¡Tengo que hacerme de amigos!» y cogiendo el lápiz, Guena escribió el siguiente anuncio:



Y llegada la noche colgó el anuncio por la ciudad y se puso a esperar.



Al otro día al atardecer sonó el timbre de la puerta. En el umbral estaba parada una niña. «Vamos a presentarnos. Yo me llamo Galia y trabajo en un teatro infantil».



«Y yo me llamo Guena y trabajo en el parque zoológico como cocodrilo» «En su anuncio hay un error—dijo Galia. ¿Qué joven es Ud. si tiene 50 años?» «Los cocodrilos viven 300 años. Esto significa que yo estoy todavía muy joven...»



En ese momento se volvió a oír el timbre de la puerta y en el cuarto apareció un animalito de lo más extraño.



«¿Quién es Ud.?» le preguntó Galia. «No sé—contestó el animalito. A lo mejor Uds. saben quien soy yo». «No—dijo el cocodrilo, nosotros desgraciadamente tampoco lo sabemos».



«Díganme, ¿si Ugs. no saben quien soy yo, no van a tener amistad conmigo?» «¿Por qué no? Si Ud. resulta ser un buen compañero, nosotros vamos a ser sus amigos».



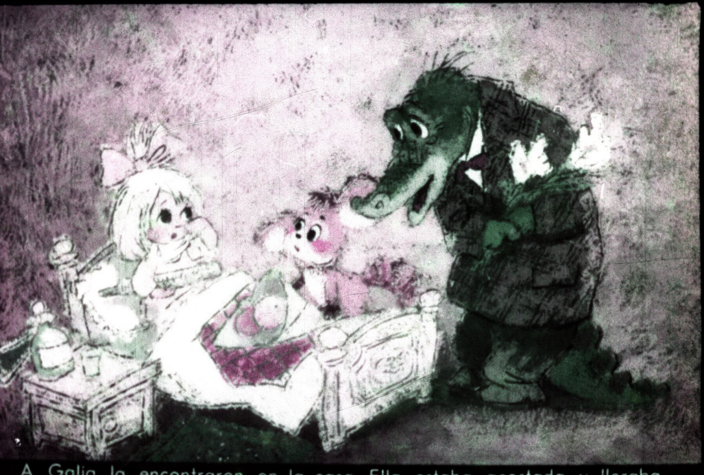
«¡Hurra! —gritó Saltarín, y dio un salto que por poco llega al techo.



Esa noche Saltarín no pudo dormir. El no podía creer que un animal tan respetado como el cocodrilo y una niña tan buena como Galia, estuvieran de acuerdo en ser sus amigos.



A la siguiente noche Saltarín fue a casa del cocodrilo. «Oyeme, dime ¿dónde es que está Galia?» «Ella prometió venir—le contestó Guena, pero todavía no llegó». «Entonces vamos nosotros mismos a verla»—dijo Saltarín.



A Galia la encontraron en la casa. Ella estaba acostada y lloraba. «Tengo fiebre. Se va a estropear el espectáculo. Los niños van a ir y no va a haber función».



«¡La función se dará!—pronunció orgulloso el cocodrilo. Yo te voy a sustituir». «Ay, eso sería fantástico. Hoy representan a la Caperucita Roja y yo actúo en el papel de la nieta. ¿Tú te acuerdas de ese cuento?» «Claro que me acuerdo».



«¡Perfecto! Si actúas bien, nadie notará la sustitución. ¡El talento hace maravillas!»



Cuando los muchachos llegaron al teatro, vieron un espectáculo muy raro. En el escenario apareció Guena con un gorrito rojo. El caminaba, cantando: «Por las calles se paseaba un cocodrilo muy grande».



El lobo le salió al encuentro. «Hola, Caperucita Roja—pronunció con una voz estudiada y se quedó estupefacto—¿a dónde te diriges?» «Nada, estoy paseando».



«¿No vas tú por casualidad a casa de tu abuelita?» «Si, por supuesto» —dijo el cocodrilo muy apurado. «¿Y donde vive tu abuelita?» «En Africa». «¡Y yo creía que ella vivía allí en aquella casita!» 33



«¡Efectivamente! Allí vive mi abuela segunda. Precisamente pensaba ir a verla ahora». «Bueno, en ese caso...» —dijo el lobo y salió corriendo.



Después, como está establecido, se comió a la abuelita y se acostó en la cama.



«Buenas, ¿quién será aquí mi abuela?» «Buenas»—contestó el lobo. «Yo soy tu abuela». «¿Y por qué tú estás tan peluda, abuela?» «Es que no tuve tiempo de afeitarme, nietecita, vine corriendo...»—se enfureció el lobo y...


Saltó de la cama: «Y ahora te comeré».



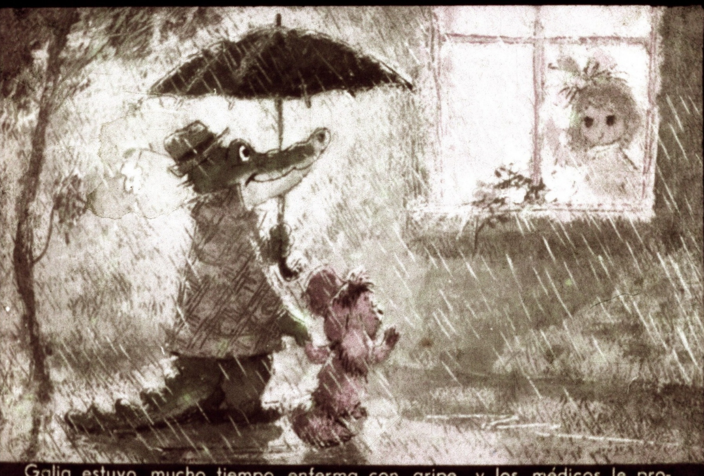
«Bueno, ¡eso vamos a verlo!»—dijo el cocodrilo y le fue arriba al lobo. El lobo salió corriendo de miedo.



Los niños estaban encantados. Nunca habían visto una función de «La Caperucita Roja» tan interesante. Aplaudieron largo rato y pedían que lo repitieran todo, desde el principio.



Pero el cocodrilo, quien sabe por qué, se negó, y no sólo eso, sino que trataba de convencer por todos los medios a Saltarín, para que no le contara a Galia como había transcurrido el espectáculo.



Galia estuvo mucho tiempo enferma con gripe, y los médicos le prohibieron las visitas, para que no contagiara a sus amigos. Por eso, Guena y Saltarín se quedaron solos.



Una vez al atardecer, después del trabajo, Saltarín decidió visitar a Guena en el parque zoológico. El iba por la calle y de pronto vió a un perrito chiquitico, que estaba sentado en el pavimento y sollozaba.



«Cuéntame, ¿qué te pasa?» «Me botaron de la casa». «¿Y qué hiciste?» «Nada». «¿Y cómo te llamas?» «Tobik». «Ven, vamos conmigo, Tobik. Te voy a presentar a mi amigo. Y se nos ocurrirá algo».



A la entrada del parque zoológico encontraron a Galia. «¡Así que ya estás bien!—se alegró Saltarín. Te presento a mi amigo Tobik».



Ya Guena había terminado de trabajar, y todos juntos se dirigieron a su casa a visitarle. En casa de Guena, los amigos tomaron café, conversaron y jugaron distintos juegos de mesa. Alguien llamó a la puerta. «Entre»—dijo Guena.



En la habitación entró un león grande. «El león Chandro»—se presentó él. «Dígame por favor, ¿es aquí donde vive un cocodrilo que busca amigos?»



«Aqui mismo. Lo único que ya no necesita amigos. ¡Ya los tiene!» «¡Qué pena! Adios»—suspiró el león.



«Espere un momento—lo detuvo Saltarín. ¿Y qué amigo es el que Ud. necesita?» «No sé. Sólo un amigo y ya». «Si es así, aquí tiene un amigo. Se llama Tobik».



«Pero él es un perrito muy chiquitico, y yo, fíjese, que grande soy».
«Esto no es un problema,—dijo Saltarín. Entonces Ud. cuidará de él».
«¡Es verdad!»—asintió Chandro.



«Tendré mucho gusto en ser su amigo». «Y yo también» dijo Tobik moviendo el rabito. «Trataré de serle un buen compañero» Los nuevos amigos agradecieron a todos los que estaban en la habitación y se despidieron.



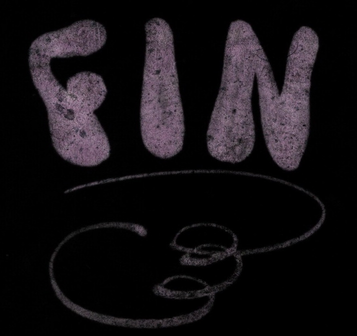
«Y saben Uds.—dijo de pronto Galia, cuántos solitarios como Tobik y Chandro hay en nuestra ciudad. No tienen ningún amigo, a esos hay que ayudarlos». «¿Y cómo?» dijo Saltarín.



«Ya sé como»—dijo Guena. Hay que escribir un anuncio para que nos vengan a ver, y cuando estén aquí, nosotros mismos los vamos a presentar, unos con otros». «¡Hurrá!»—gritaron Galia y Saltarín.

Así lo hicieron. Pusieron los anuncios por todas partes y amigaron a todas las personas y a todos los animales solitarios de la ciudad. Y por eso todas las personas y los animales de esa ciudad vivieron muy felices. Y esto es todo. Este era todo el cuento, amiguitos.

Hasta luego.


FIN